

compuso por los años de 1160 y dedicó a la reina de Inglaterra Leonor de Aquitania un *Roman de Troie* (1) en más de treinta mil versos pareados de nueve sílabas (para los franceses de ocho), forma que desde el principio del siglo xvi había sustituido al antiguo metro épico en las narraciones que se destinaban, no al canto, sino a la lectura. Amplificó prodigiosamente y con fácil estilo las dos narraciones fabulosas que tenía a la vista; añadió como introducción la historia de los Argonautas; aduló la vanidad nacional con el supuesto parentesco entre los Francos y los Troyanos; transportó al mundo feudal los héroes pelasgos y aquivos; modificó a su guisa los caracteres y las costumbres con muy gracioso anacronismo; y tuvo el mérito de inventar, entre otros episodios, uno de amor que tuvo grande éxito, el de Troilo y Briseida, que inspiró sucesivamente a Boccaccio en su poema *Filostrato*, a Chaucer en el suyo *Troilus and Cressida* y a Shakespeare en su tragedia del mismo nombre.

El poema de Benito de Sainte-More fué traducido al alemán y a otros idiomas y compendiado en prosa francesa; pero todavía más que en su lengua primitiva corrió por Europa en la refundición latina que hizo Guido delle Colonne, juez de Messina, con el título de *Historia Troiana* (comenzada en 1272, terminada en 1287), callando maliciosamente su verdadero original, refiriéndose solo a Dictys y Dares y dando al libro una pedantesca apariencia histórica que contribuyó a su crédito entre los letrados (2).

Todas las variantes, así italianas como españolas, que se conocen de la *Crónica Troyana* se fundan o en la *Historia de Guido de Columna* o en el poema de Benito de Sainte-More. Nuestros antiguos eruditos, y el mismo Amador de los Ríos, que dió abundantes noticias de los códices de este ciclo, confundieron ambos grupos o familias, que comenzó a distinguir el docto profesor Adolfo Mussafia en una Memoria publicada en 1871 (3). Para deslindarlas completamente sería preciso la comparación de todos los textos que hoy se conocen: tarea que no hemos podido realizar aún, y que, por otra parte, sería impropia de este lugar. Daremos noticia solo de las principales versiones, prescindiendo de la del poema de Alejandro que está tomada a medias de Guido de Columna y de la *Iliada* del pseudo Píndaro tebano.

Del enorme *Roman de Troie*, de Benoit de Sainte-More, tenemos dos traducciones castellanas hechas del francés y otra gallega hecha del castellano. Su respectiva filiación, así como el tiempo en que se tradujeron y las personas para quien los códices se escribieron, constan en las suscripciones finales de una y otra. «Este libro mandó faser (dice la castellana) el muy alto e muy noble e muy escelent rey don Alfonso, fijo del muy noble rey don Fernando e de la Reyna doña Costanza. E fué acabado de escribir e de estoriar en el tiempo que el muy noble rey don Pedro su fijo regnó all qual mantenga Dios al su servicio por muchos tiempos et bonos. Et los sobredichos donde él viene sean heredados en el regno de Dios. Amen. Fecho el libro postremero dia de diziembre.

cercada et destroyda et que nunca despues fuera poblada. Mas este libro fiso el despues mas de cient annos que la villa fue destroyda; et por ende non pudo saber verdaderamente la estoria en commo passara. Et fue despues este libro quemado en Atenas. Mas leet el de Dytis, aquel que verdaderamente escrivio estoria de Troya en commo passaua, por ser natural de dentro de la cibdad, et estudo presente a todo el destruyamiento, et veyá todas las batallas et los grandes fechos que se y fasian, et escrivia siempre de noche por su mano en qual guisa el fecho pasaua». (Apud. Amador de los Ríos, *Historia Crítica*, t. IV, p. 346).

(1) Fué publicado por A. Joly (*Benoist de Sainte-More et le Roman de Troie...* París, A. Franck, 1870). Vid. sobre el poema de Benoit, *Romania*, XVIII, 70.

(2) Sobre el desarrollo de este ciclo en Italia véase la introducción de E. Gorra a sus *Testi inediti di storia trojana* (Turín, 1887).

(3) *Über die Spanische versionem der Historia Trojana*, Von Dr. Adolf Mussafia. Viena, 1817.

Éra de mill et trecentos et ochenta et ocho años. Nicolas Gonçales, escriban de los sus libros, lo escribi por su mandado».

El códice gallego más completo de los dos que se han conservado (1) traduce la suscripción del *escribán* castellano y añade: «Este liuro foy acabado viii dias andados do mes de Janeiro, era de mill e quatroçen et onze años». El que escribió en parte y dirigió en lo demás la copia de este códice fué, según consta en otra suscripción, el clérigo Fernán Martis (¿Martínez?), capellán de Fernán Pérez de Andrade. Es inestimable el valor lingüístico de esta versión (que parece hasta ahora el monumento más antiguo de la prosa literaria gallega); pero ha de tenerse en cuenta que es traducción de traducción, y que abunda por tanto en formas castellanas y francesas. Publicada ya con estricto rigor paleográfico, gracias a los desvelos de don Andrés Martínez Salazar (2), ofrece abundante y novísima materia al estudio de los filólogos.

Del Canciller Pero López de Ayala dijo Fernán Pérez de Guzmán en sus *Genealogías y semblanzas* que «por causa dél son conocidos algunos libros que antes no lo eran», contando entre ellos la *Historia de Troya*. No parece que esto pueda entenderse del poema de Benoit de Sainte-More (*Beneyto de Santa Maria* que dijo el intérprete castellano), puesto que ya estaba traducido en 1350 (era 1388), cuando el futuro Canciller no pasaba de los diecisiete años, sino que debe referirse a la crónica latina de Guido de Columna, lo cual también está más de acuerdo con el género de estudios y aficiones propios de Ayala; pero siendo varias las versiones manuscritas de este libro, no parece fácil determinar en cuál de ellas pudo intervenir el Canciller, ni realmente dice su biógrafo que él hiciese la traducción, sino que dió a conocer el libro en Castilla. Pero, de todos modos, no fué obstáculo para que el *Roman de Troie* volviese a ser traducido por autor anónimo de fines del siglo xiv, que intercaló algunos trozos en verso (a la manera de los *lays* que se leen en el *Tristán* y en otras novelas bretonas), dejando con esto marca indeleble del origen poético del libro (3). Proceden, por el contrario, de la *Crónica* de Guido de Columna la traducción catalana del protonotario Jaime Conesa, terminada en 18 de junio de 1367 (4), y la castellana de Pedro de Chinchilla, emprendida a instancias del primer conde de Benavente, D. Alonso Pimentel, en 1443 (5). La *Crónica Troyana*, varias veces impresa en el siglo xvi con el nombre de Pedro Núñez Delgado (6), toma

(1) Es el que perteneció a la librería del Marqués de Santillana y existe hoy en la Biblioteca Nacional, procedente de la de Osuna. Otro códice bilingüe (gallego y castellano) figura en mi biblioteca de Santander. De uno y otro procede la correcta edición recientemente publicada por el Sr. Martínez Salazar.

(2) *Crónica Troyana. Códice gallego del siglo XIV de la Biblioteca Nacional de Madrid, con apuntes gramaticales y vocabulario*, por D. Manuel R. Rodríguez. Publicado a expensas de la Excelentísima Diputación de esta provincia Andrés Martínez Salazar. La Coruña, Imprenta de la Casa de Misericordia, 1900. Dos tomos 4.º grande.

(3) Códice de la Biblioteca Nacional de Madrid, procedente de la de Osma. D. A. Paz y Meliá ha publicado en la *Revue Hispanique* (núm. 17, primer trimestre de 1899) las poesías y algunos extractos de la prosa de esta *Crónica*.

(4) Ms. de Osuna, hoy en la Biblioteca Nacional. Otro posee D. Pablo Gil en Zaragoza, y otro, falto de bastantes hojas, vimos estos últimos años.

(5) Poseo un códice que parece el mismo que el autor presentó al Conde de Benavente. Es en gran folio, papel fuerte, escrito a dos columnas; consta de 174 hojas. Dice el traductor en el *proemio* que antes se habían hecho otras versiones, pero menguadas en algunas cosas, y ofrece en la suya no añadir ni quitar nada «segunt Guido de Colupnia (*sic*) en su volumen en lengua latina copiló».

(6) *Crónica Troyana, en que se contiene la total y lamentable destruycion de la nombrada Troya. En Medina. Por Francisco del Canto. M.D.LXXXVII. A costa de Benito Boyer, mercader de libros*. No he visto edición posterior a ésta. La más antigua parece ser la de Pamplona, por Arnao Guillén de Brocar, sin año, citada en el *Registrum* de D. Fernando Colón.

a Guido por principal fuente en lo que toca a la leyenda troyana, pero añade otras fábulas mitológicas sacadas de diversos autores (1). Es probable que utilizase una compilación ya existente análoga al *Recueil des histoires de Troye*, de Raoul Lefèvre.

Aun hay otras pruebas de la extraordinaria difusión del ciclo troyano en España. El conde D. Pedro recuerda en su *Nobiliario* las «grandes fazendas e grandes cavallarias» que hubo en Troya «assy como falla na sa estorea». El cronista de D. Pedro Niño, Gutierre Díaz de Gámez, tomó de un libro que llama *de la Conquista de Troya* un largo episodio sobre Bruto, supuesto progenitor de los ingleses, y la reina de Armenia, Doro-tea, que no está en ninguna de las versiones conocidas y difiere mucho del relato de Godofre de Monmouth, al cual se conforma la crónica impresa. Últimos ecos de esta vivaz leyenda fueron, en pleno siglo XVI, el poema de las *Guerras de Troya*, de Ginés Pérez de Hita (2), y los dos de Joaquín Romero de Cepeda, *El infelice robo de Elena, Reyna de Esparta, por Paris Infante Troyano* (3), y *La antigua memorable y sangrienta destrucción de Troya... a imitación de Dares, troyano, y Dictys, cretense griego* (4). Los romances semipopulares y relativamente viejos de la reina Elena, de la reina de las Amazonas y de la muerte que dió Pirro a la muy linda Policena, son reminiscencias de la *Crónica Troyana*, en la cual también se inspiró bizarramente la musa lírica para el *Planto de la reina Pantasilea*, bella composición atribuida, no sé si con fundamento, al Marqués de Santillana.

Por medio de la escuela erudita del *mester de clerecía* había penetrado en el siglo XIII la novela bizantina de *Apolonio de Tiro*, cuyo original griego se ha perdido, pero que tuvo en su forma latina extraordinaria boga, sobre todo después que fué incorporada en el *Gesta Romanorum*. Menos afortunada entre nosotros que en Inglaterra, donde, después de la *Confesio amantís* de Gower, suscitó el drama *Pericles príncipe de Tiro*, atribuido a Shakespeare, quedó enterrada en el viejo poema en versos alejandrinos, que no carece de expresión y gracia narrativa, y sólo a fines del siglo XVI reapareció en el *Patrañuelo*, de Juan de Timoneda.

La fábula de Psiquis (cambiando el sexo del protagonista), no tomada, según creemos, de Apuleyo, sino del fondo primitivo y misterioso de los cuentos populares, donde permanece viva aún, sirve de principal argumento a la linda novela francesa del siglo XII *Partinopeus de Blois*. Traducida al castellano, probablemente en el siglo XV, y del castellano al catalán, ha sido muchas veces impresa como libro de cordel en ambas lenguas, y es uno de los mejores relatos de su género, de los más racionalmente compuestos y de los más ingeniosos en los detalles, aunque por acaso no de los más honestos (5). En todo el cuento se advierte un color clásico muy marcado, y siendo la escena

(1) Entre estas adiciones son notables las relativas a Hércules, Eneas y Bruto. La fabulosa historia de este último procede de la *Historia Britonum*, de Godofre de Monmouth.

(2) *Los diez y siete libros de Dares del Beto Troyano, agora nuevamente sacado de las antiguas y verdaderas ystorias, en verso, por Ginés Pérez de Hita, vecino de la ciudad de Murcia. Año 1596.* (Ms. de la Biblioteca Nacional, rubricado en todas sus planas para la impresión).

(3) Este poema en quintillas y en diez cantos se halla en el rarísimo tomo de *Obras de Ioachin Romero de Cepeda* (Sevilla, Andrés Pescioni, 1582).

(4) *La antigua, memorable y sangrienta destrucción de Troya. Recopilada de diversos autores por Ioachin Romero de Cepeda... A imitación de Dares, troyano, y Dictys, cretense griego... Asimismo son autores Eusebio, Strabon, Diodoro Siculo. Repartida en diez narraciones y veinte cantos. Toledo, Pero Lopez de Haro, 1583, 8.º.* Las narraciones están en prosa, y los que llama cantos son veinte romances.

(5) *Libro del esforçado cauallero conde Partinuples, que fue emperador de Constantinopla.* La más antigua edición que Gayangos cita es de Alcalá de Henares, por Arnao Guillen de Brocar, 1513.

en Constantinopla, puede presumirse que la narración oral fuese recogida allí por algún cruzado. El poemita francés pertenece al siglo XII.

Otro tanto puede decirse de la interesante historia de *Flores y Blancaflor*, sencilla y tierna novela de dos niños, hijo el uno de un rey sarraceno e hija la otra de una esclava cristiana. El amor que nace en ellos desde la infancia, las peripecias que los separan, sus largas peregrinaciones, el encerramiento de Blancaflor en la torre del emir de Babilonia, donde consigue penetrar el enamorado Flores escondido en una cesta de rosas; el peligro en que se ven los dos amantes de perecer juntos en la hoguera (patética situación análoga a la de Olindo y Sofronia en el episodio del Tasso), forman un conjunto sobremanera agradable, que recuerda, sin exagerarlos, los procedimientos de la novela bizantina de viajes y aventuras; pero con una delicadeza moral que en ella no suele encontrarse, salva la excepción de Heliodoro. Dos poemas franceses del siglo XII, publicados el uno por Bekker y el otro por Du Méril, desarrollan con notables variantes este argumento, del cual es también bellísima imitación la novelita (*chante-fable*) de *Aucassin y Nicolette*, escrita parte en prosa, parte en versos trocaicos asonantados. En todas las literaturas tuvo grandísimo éxito esta ficción (1); prestó a Boccaccio argumento para su primer libro en prosa italiana *Il Filocolo*, y entre nosotros era ya conocida a fines del siglo XIII, puesto que la *Gran Conquista de Ultramar* no sólo la menciona, sino que la presenta ya enlazada con el ciclo carolingio. «Flores libró al rey de Babilonia de mano de sus enemigos quando le dio a Blancaflor por mujer... Estos fueron los mucho enamorados que ya oistes hablar... Según su ystoria lo cuenta». Estas referencias, como tomadas de un libro francés de origen, no prueban que la novela estuviese ya traducida; pero al ver que en la *Gran Conquista* Flores y Blancaflor (fabulosos abuelos de Carlomagno) son calificados de reyes de *Almería*, hay que reconocer que había comenzado a españolizarse la leyenda. También la conocía el Arcipreste de Hita:

Ca nunca fue tan leal Blancaflor a Flores,

dice en la *cantiga de los clérigos de Talavera*. Para Micer Francisco Imperial y otros poetas del *Cancionero de Baena*, Flores y Blancaflor son prototipo de leales amadores, como otras parejas célebres, *Paris y Viana, Tristán e Iseo, Oriana y Amadis*. La traducción, varias veces impresa en el siglo XVI, y de la cual es vil extracto el libro de cordel que todavía se expende, debió de hacerse en el siglo XV, como casi todas las de su género, y los nombres son casi los mismos que en el *Filocolo* de Boccaccio, con el cual tiene también otras semejanzas, que Du Méril explica por una fuente común y no por imitación de la novela italiana. Pero no se limita a ella la popularidad de este sabroso cuento en nuestra literatura, pues aunque falta este tema en las antiguas colecciones de romances abundan los nombres de Blancaflor y el conde Flores en la tradición oral de la Península, como lo prueban las muchas versiones recogidas en Portugal, Asturias, Montaña de Santander, Cataluña, Andalucía, en la isla de Madera, en las Azores y hasta en el Brasil. Es cierto que estos romances, designados por los coleccionistas con los varios nombres de *Reina y cautiva, Las dos hermanas*, etc., conservan sólo

De la catalana no se conoce impresión anterior a la de Tarragona, 1588 («Açi comença la general historia del esforçat caualler Partinobles compte de Bles. Novament traduyda de llengua castellana en la nostra catalana. Estampat en Tarragona por Felip Roberte, estamper. Any 1588. A costa de Llatzer Salom, llibrater»).

(1) Véase el eruditísimo estudio que precede a la edición de Du Méril: *Floire et Blancaflor. Poèmes du XIIIe siècle. Publiés d'après les manuscrits, avec une introduction, des notes et un glossaire, par M. Edelstand du Méril.* Paris, Jannet, 1865.

una vaga impresión de la leyenda primitiva. Pero sin duda suponen otros más antiguos, en que la fidelidad al tema novelesco sería mayor.

De origen oriental parecen otros dos libros populares que la literatura francesa comunicó a la nuestra, y que todavía siguen reproduciéndose en miserables compendios, al paso que las ediciones góticas se cuentan entre las joyas más preciadas de la bibliografía. Una de ellas es la *Historia del muy valiente y esforzado caballero Clamades, hijo del rey de Castilla, y de la linda Claramonda, hija del rey de Toscana*, cuyo original francés en prosa, indicado recientemente por el Sr. Foulché-Delbosc (1), es *Le livre de Clamades, filz du roy despaigne et de la belle Clermonde...* impreso en Lyon por los años de 1480, el cual, como todos los de su especie, procede de un antiguo poema que aquí es *Li Roumans de Cleomades*, del famoso trovero Adenet le Roi. Gastón Paris considera posible que la fuente inmediata de Adenet haya podido ser española. Se trata, en efecto, de un cuento árabe, que lo mismo pudo entrar por España que por Oriente. Nuestro vulgo le designa con el nombre de *historia del caballo de madera*, fijándose en el episodio más saliente, que tiene su paradigma en *el caballo mágico* de las *Mil y una noches*, y fué parodiado por Cervantes en el episodio de Clavileño. Otro poema francés, el *Méliacin*, de Gerardo de Amiens, trata el mismo argumento.

Más moderna es la famosa novela caballerescas de *Pierres de Provenza y la linda Magalona*, compuesta en provenzal o en latín por el canónigo Bernardo de Treviez, y tan celebrada en tiempo del Petrarca, que se dice que este gran poeta y humanista empleó algunas horas de su juventud, cuando en Montpellier estudiaba Derecho, en corregirla y limar su estilo (2). El texto francés actualmente conocido es del siglo xv; ha sido impreso innumerables veces (3) y de él proceden las versiones italiana, alemana, flamenca, danesa, polaca, castellana y catalana, y hasta una griega en versos *políticos* (4). *Pierres y Magalona* continúa siendo libro de *cordel* en Francia y en España, pero ya muy refundido y modernizado en el estilo, como lo está también el *rifacimento* galante que hizo el conde de Tressan para la *Bibliothèque Universelle des Romans* (1779).

Esta novelita es, sin duda, de las mejores de su género; las aventuras, aunque inverosímiles, no son excesivamente complicadas; los dos personajes principales interesan

(1) *Revue Hispanique*, 1902, p. 587.

(2) *Pétrarque* (dice el más antiguo historiador municipal de Montpellier) *fit son cours en droit à Montpellier pendant quatre ans, comme lui-mesme le témoigne, et pour se delasser et divertir en cette sérieuse estude, il polit et donna des grâces nouvelles, aux heures de sa récreation, a l'ancien roman de Pierre de Provence et de la belle Maguelone, que Bernard de Treviez avait fait couler en son temps parmi les dames, pour les porter plus agréablement à la charité et aux fondations pieuses.*

(Idée de la ville de Montpellier, par Pierre Gariel, p. 113, segunda parte. Citado por Fauriel, *Histoire de la Poésie Provençale*. París, 1846. Tomo III, p. 507. Vid. también el discurso de Víctor Le Clerc *Sobre el estado de las letras en el siglo XIV*, en el tomo XXIV de la *Histoire Littéraire de la France*, p. 563).

(3) Brunet describe cuatro ediciones incunables, sin fecha. En una de ellas, que al parecer salió de las prensas de Lyon por los años de 1478, consta la fecha en que fué escrita la redacción actual de la novela (1453).

(4) La edición más antigua de que hay noticia entre las castellanas es la siguiente, mencionada en el *Registrum* de D. Fernando Colón: *Historia de la linda Magalona, hija del rey de Nápoles, et del esforçado cauallero Pierres de Provença. Burgos, 1519, a 26 de Julio*. Del mismo año, con fecha de 10 de diciembre, hay otra de Sevilla, por Jacobo Cromberger.

De la versión castellana proceden una portuguesa que se imprimió en Lisboa, 1783, 4.º, y otra más antigua catalana: *La historia del Caualler Pierres de Provença, fill del conde de Provença y de la gentil Magalona, filla del rey de Nápoles, traduyda de llengua castellana en la llengua catalana por Honorat Comalá. Barcelona, en casa de Sebastián Cormellas, 1650, 4.º*.

por su ternura y constancia, y la narración tiene en los textos viejos una gracia y frescura que contrasta con la insipidez habitual de los libros de pasatiempo del siglo xv y con las ridículas afectaciones de sus refundidores modernos. Expondremos en dos palabras su argumento para amenizar algo la aridez de esta enumeración:

Pedro, hijo del conde de Provenza, acababa de ser armado caballero, y deseando dar muestras de su valor y gentileza, se encamina a la corte de Nápoles, llevado por la fama de la bella Infanta Magalona, cuya mano iban a disputarse en unas justas los príncipes más ilustres y bizarros de Europa. Al partir le entrega su madre tres anillos. Como es de suponer, el novel caballero sale vencedor de todos sus rivales en el torneo; pero, a consecuencia de un juramento que había hecho, oculta constantemente su nombre y su linaje, con lo cual es claro que el rey no le concede la mano de su hija, pero le admite en su corte, donde muy pronto conquista el amor de Magalona, siendo medianera de su trato lícito y honesto la nodriza de la Princesa. El Caballero de las Llaves (que así se hacía llamar Pierres) da a su amada en prenda los anillos de su madre y la declara su verdadero nombre. Conciertan y emprenden los dos amantes la fuga, y al caer el sol llegan a un valle cercado de ásperas montañas. Magalona, rendida por la fatiga del camino, se duerme en el regazo de Pierres. Baja un gavián y arrebatada encima de una piedra el cendal rojo que contenía los tres anillos. Pierre se lanza en persecución del gavián, que vuela de roca en roca, hasta salir del valle y llegar a la orilla del mar, de donde pasa a una isla desierta que distaba próximamente doscientos pasos. Pierre no desiste de seguir al ave de rapiña, y viendo amarrada una barca a la ribera, entra en ella, empuña el timón y se dirige hacia la isla. De pronto se desencadena un viento furioso que arrastra la embarcación a alta mar, de donde es asaltada por una nave de corsarios sarracenos, que llevan cautivo a Pierres a la corte del Soldán de Alejandría, y allí permanece tres años.

Entre tanto, Magalona, abandonada en el bosque y próxima a la desesperación, había sido recogida por una peregrina, que cambió con ella de vestidos y la puso en camino de Roma. Aquí comienza la parte devota de la leyenda, que fué quizá la causa principal de que el piadoso canónigo Bernardo de Treviez la consignase por escrito. Magalona, después de muchas oraciones, penitencias y austeridades, y de recorrer varias tierras en hábito humilde, recogiendo limosnas, funda un hospital de peregrinos cerca del Puerto de Aguas Muertas, y cobra gran fama de santidad en todo el Mediodía de Francia, mereciendo especial protección del conde y la condesa de Provenza, que lloran muerto a su hijo Pierres desde el día en que unos pescadores hallaron en el vientre de un monstruoso cetáceo el tafetán con los tres anillos. Fácil es adivinar el desenlace de esta historia. Pierres, libre del cautiverio, llega un día al hospital de Magalona; los dos amantes se reconocen, y la novela termina con sus bodas, que se celebran en Marsella, con gran regocijo de sus padres.

A pesar de la pía intención con que parece haberse escrito esta novela, no falta en ella algún cuadro de graciosa sensualidad, digno de la pluma de Boccaccio, ni es maravilla, por lo tanto, que nuestro rígido moralista Luis Vives la incluyese en el severo anatema que lanza contra las fábulas deshonestas, en el cap. V, lib. I, de su tratado *De institutione christianae feminae*, haciendo muy curiosa enumeración de las que eran más leídas y celebradas en su tiempo (1).

(1) *Tum et de pestiferis libris, cujusmodi sunt in Hispania: «Amadisus», «Splandiamus», «Florisandus», «Tirantus», «Tristanus», quarum ineptiarum nullus est finis; quotidie prodeunt novae: «Celestina», laena nequitiarum parens, «Carcer Amorum»; in Gallia: «Lancilotus á Laçu», «París*

El episodio del pájaro que arrebató los anillos se encuentra también en un poema francés del siglo XIII, *L'Escoufle* (el milano), y debe de ser de procedencia oriental, puesto que se halla también en un cuento de *Las Mil y una noches* (historia del príncipe Camaralzamán y la princesa Badura).

Al mismo grupo de novelas erótico-caballerescas en que figuran *Flores y Blanca Flor* y *Pierres y Magalona* puede reducirse la *Historia de París y Viana*, libro de origen provenzal, traducido al francés en 1487 y del francés al castellano (1). Hay una traducción catalana, al parecer independiente de ésta, y fragmentos de una redacción aljamiada (2). Como todos los demás libros de su género hubo de tener primitivamente forma poética. Ya a principios del siglo XV era conocida en Castilla. según lo acreditan unos versos de Micer Francisco Imperial compuestos en 1405, con ocasión del nacimiento de D. Juan II:

Todos los amores que ovieron Archiles
París et Troilos de los sus señores
Tristan, Lancerote, de las muy gentiles
Sus enamoradas é muy de valores;
El é su muger ayan mayores
Que los de París é los de Vyana
É de Amadis é los de Oryana,
E que los de Blancaflor é Flores

Se ha querido ver en esta novelita una alegoría histórica, la anexión del Delfinado a Francia, cumplida al mediar el siglo XIV; pero aunque los nombres de los personajes induzcan a sospecharlo, el argumento se reduce a una sencillísima fábula de amor constante y perseguido, amenizada con los habituales recuerdos de las Cruzadas y el obligado cautiverio en Palestina.

No hay duda en cuanto al origen de la *Historia de la linda Melosina, mujer de Remondin, la qual fundó á Lexinan y otras muchas villas y castillos por extraña manera: la qual ovo ocho hijos: los quales dellos fueron reyes y otros grandes señores por sus grandes proezas*, libro impreso en Tolosa en 1489; porque los mismos impresores Juan Paris y Esteban Clebat alemanes, declaran que «con gran diligencia le hizieron pasar de francés en castellano», y en efecto es traducción del libro de Juan de Arras, impreso en Ginebra en 1478. Hay textos del siglo XIV, en prosa y en verso, sobre el mismo asunto. Es un cuento de hadas localizado en Francia, pero que tiene grandes

et Vienna», «Ponthus et Sydonia», «Petrus Provincialis et Magelona», «Melusina, domina inexorabilis»; in hac Belgica: «Florius et Albus Flos», «Leonella et Canamorus», «Curias et Floreta», «Pyramus et Thisbe»; sunt in vernaculas linguas transfusi ex latino quidam, velut infacetissimae «Facetiae Poggii», «Euryalus et Lucretia», «Centum fabulae Boccatii», quos omnes libros concrisperunt homines otiosi, male feriati, imperiti, vitii ac spurcissimae dediti; in quibus miror quid delectet, nisi tam nobis flagitia blandirentur. (Vivis Opera, t. IV de la ed. de Valencia, p. 87).

(1) *La Istoria d'l noble cauallero París e d'la muy hermosa doncella Viana. Comiença la historia de París e Viana: la qual es muy agradable e placentera de leer y especialmente para aquellas personas que son verdaderos enamorados: segun que se sigue en la presente obra. (Al fin) Fue impresso el presente libro de París e Viana en la muy noble e mas leal ciudad de Burgos por Alonso de Melgar. Acabose a VIII dias del mes de Noviembre. Año de nuestro Salvador jesu christo de mil e quinientos e XXIII años (Museo Británico).*

De la traducción catalana poseyó un ejemplar, falto de hojas, el insigne erudito y poeta don Mariano Aguiló (*Historia de las (sic) amors e vida del cavaller París: e de Viana, filla del dalfi de França*). Conjeturaba Aguiló que la edición era de Barcelona, por Diego de Gumiel, hacia 1497, por ser muy semejante a la que este impresor hizo del *Tirant lo Blanch* en el referido año.

(2) Publicados por D. Eduardo Saavedra (*Revista Histórica*, de Barcelona, febrero de 1876).

analogías con los del ciclo bretón y acaso procede de tradiciones célticas consignadas en algún *lai*.

No hemos tenido ocasión de leer el rarísimo libro *Del Rey Canamor y del infante Turian su hijo* (1); pero a juzgar por el largo romance juglaresco que sobre motivos de esta novela compuso Fernando de Villarreal (2), relatando el rapto de la infanta Floreta por el príncipe Turián, le creemos del mismo género y procedencia que los anteriores, sin ningún carácter español. A mayor abundamiento tenemos el testimonio de Luis Vives, que cita entre los libros más leídos en Bélgica el de *Leonella et Canamorus*; Leonella es el nombre de la reina, mujer de Canamor y madre de Turián.

Casi todos los libros que vamos citando convienen en ser novelas de amor, contrariado al principio y triunfante al fin, más que de caballerías y esfuerzo bélico, y seguramente eran destinados al solaz y pasatiempo de la sociedad más culta y aristocrática, especialmente de las mujeres. Compuestos al principio en el ligero metro narrativo de nueve sílabas y reducidos luego a cortos libros en prosa, hasta por su tamaño contrastaban con los cantares de gesta y con las grandes compilaciones historiales, formadas, en buena parte, de materiales poéticos. Pero al lado de estas frívolas y galantes narraciones, donde las aventuras de mar y tierra, las escenas de esclavitud y de naufragio, y a veces (como en *Partimuples* y en *Melusina*) los encantamientos y las transformaciones mágicas, solo servían para hacer resaltar la invencible pasión de los amantes, hubo otras de tendencia moral y religiosa, consagradas a enaltecer el heroísmo de la virtud o la eficacia del arrepentimiento. Dos obras muy importantes de este género forman todavía parte de nuestra biblioteca de cordel. Una es el *Oliveros de Castilla y Artus de Algarve*, cuya más antigua edición conocida (Burgos, 1499) acaba de ser espléndidamente reproducida por el bibliófilo norteamericano Mr. Archer Huntington (3). Es traducción del texto francés impreso en Ginebra, 1492, y reproduce hasta los cuarenta grabados que le exornan (4). En el preámbulo se declara lisa y llanamente la historia de este libro, que sin razón alguna ha estado pasando por español entre los bibliófilos nacionales y forasteros: «Entre las quales ystorias fue fallada una en las coronicas del reyno de Inglaterra que se dize la ystoria de Oliveros de Castilla e de Artus d' Algarbe su leal compañero y amigo... E fue la dicha ystoria por excelencia levada en el reyno de Francia e venida en poder del generoso e famoso cavallero don Johan de Ceroy, señor de Chunay: el qual deseoso, del bien común, la mandó volver en común vulgar francés... y la trasladó el honrrado varon Felipe Camus, licenciado *in utroque*. Y como viniessse a noticia de algunos castellanos discretos e desseosos de oyr las grandes cavallerías de los dos cavalleros y hermanos en armas pescudaron y trabajaron con mucha diligencia por ella, a cuyo ruego y por el general provecho *fué trasladada de francés en romance castellano* y empremida con mucha diligencia y puesto en cada capítulo su ystoria, porque fuesse más fructuosa y aplacible a los lectores y oydores», Felipe Camus es, pues, el autor o traductor francés, y no el castellano, como creyó Nicolás Antonio y ha repetido otros muchos.

(1) Hubo por lo menos cinco ediciones, la primera en Sevilla, por Jacobo Cromberger, 1528.

(2) Falta en el *Romancero* de Durán y en la *Primavera* de Wolf. Le publicó el mismo Wolf en su importante memoria *Ueber eine Sammlung Spanischer Romanzen in fliegenden Blättern auf der Universitäts Bibliothek zu Prag*, 1850 (p. 251). Por otro texto que parece menos antiguo se reprodujo en el primer tomo del *Ensayo* de Gallardo (I, 1215-1219).

(3) *La historia de los nobles cavalleros Oliveros de Castilla y Artus d'Algarbe. (Al fin) Fue acabada la presente obra en la muy noble e leal cibdad de Burgos a .XXV. dias del mes de mayo. Año de nuestra redempcion mil .CCCC. XCIX (Printed in facsimile at De Vinne Press from the copy in the library of Archer M. Huntington nineteen hundred and two).*

(4) Vid. R. Foulché Delbosc, *Revue Hispanique*, p. 587.

En *Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe* hay combinación de dos temas poéticos diversos: uno es el de *Amis y Amile* (*Amicus et Amelius*), dos perfectos amigos y compañeros de armas, cuya mutua y heroica adhesión se acrisola con las más extraordinarias pruebas, llegando el uno a degollar a sus hijos para curar de la lepra al otro lavándole con la sangre de ellos, encontrándolos luego milagrosamente resucitados. Un cantar de gesta del siglo XIII, que fué refundido y amplificado en el XIV y en el XV; una leyenda latina en prosa y otra en versos hexámetros; un *milagro* o pieza dramática, y otras varias formas más o menos antiguas acreditan el vasto desarrollo de esta fábula (1). Con ella entrelazó el autor del *Oliveros* otra igualmente popular y antiquísima, la del *Muerto agradecido*, fundada en la antigua costumbre jurídica de la privación de sepultura a los deudores (2). El muerto, cuyo cadáver había rescatado Oliveros de manos de sus acreedores, se le aparece en las situaciones más críticas y le saca triunfante de todos los peligros y de las más temerarias empresas. Nuestra literatura vulgar se apoderó de este argumento en los romances de *La Princesa cautiva*, y sobre él construyeron Lope de Vega sus dos comedias de *Don Juan de Castro o hacer bien a los muertos* y Calderón la suya *El mejor amigo el muerto* (3).

Del libro francés, popular todavía, *La vie du terrible Rober le diable*, publicado en 1496, procede *La espantosa y admirable vida de Roberto el diablo, assi al principio llamado; hijo del duque de Normandia: el qual después por su sancta vida fué llamado hombre de Dios*, impresa en Burgos, 1509 (4), cuento fantástico y devoto en que la inagotable misericordia divina regenera a un monstruoso pecador, engendrado por arte diabólica en castigo del temerario y sacrilego ruego de su madre. La terrible penitencia que un ermitaño le impone, obligándole a permanecer mudo, a pasar por loco y a no probar alimento alguno sin arrancarle antes de la boca de un perro, es el episodio más original y famoso de esta leyenda, que no sólo penetró en nuestro teatro, sino que en el siglo XVII recibió nueva forma novelesca en *El Conde Matisio*, de D. Juan de Zabaleta.

En la enumeración que precede no hemos seguido orden cronológico, porque es imposible establecerle entre obras cuya fecha precisa se ignora. Creemos, sin embargo, que la mayor parte de los libros extranjeros de caballerías fueron traducidos durante el siglo XV. Algunos hay, sin embargo, de fecha positivamente anterior, que hemos reservado para este lugar por su mayor analogía con los del ciclo bretón.

(1) Vid. *Histoire littéraire de la France*, t. XXII, pp. 288-300. Contribuyó mucho a la popularidad de esta leyenda el haberla insertado Vicente de Beauvais en su *Speculum Historiale* (lib. XXIII, caps. 162-166 y 169).

(2) Vid. sobre esta bárbara costumbre la magistral monografía de D. Eduardo de Hinojosa, en sus *Estudios sobre la historia del Derecho español* (Madrid, 1903), pp. 144-177.

(3) Sobre las innumerables versiones de la leyenda de *El Muerto agradecido* debe consultarse el libro de Simrock, *Der gute Gerhard und die dankbaren Todten* (Bonn, 1856), y las demás fuentes indicadas por Alejandro de Ancona en su estudio sobre *Il novellino*. Hállase también en Straparola (noche XI, novela 2.^a) y en un cuento catalán publicado por Maspons y Labrós (*Rondallayre*, II, 34).

Comparetti (*Prefazione alla novella di Messer Dianese*, Pisa, 1868) cree de origen clásico esta fábula y busca sus orígenes en Cicerón, *De Divinatione*, I, 27, y Valerio Máximo, I, 7, 3. Benfey la deriva de la literatura india, y Simrock de la mitología germánica.

En la literatura francesa aparece, antes del *Oliveros*, en *Richars li Biaus*, poema del siglo XIII.

Véase, finalmente, sobre este tema, *Romania*, XVIII, 197.

(4) «Aquí comienza la espantosa y admirable vida de Roberto el Diablo. Burgos á XXI dias del mes de junio de mil quinientos e nueve años» (En el *Registrum* de D. Fernando Colón). Continúa reimprimiéndose todavía, aunque muy abreviada y estropeada, como todos los libros de cordel. Hay una traducción portuguesa de Jerónimo Moreyra de Carvalho: *Historia do grande Roberto, duque de Normandia e emperador de Roma*. Lisboa, 1733, 4.^o.

Las más antiguas ficciones de este género que pueden leerse en castellano son, sin duda, las que contiene la *Gran Conquista de Ultramar*, vasta compilación histórica relativa a las Cruzadas, que ya hemos tenido ocasión de mencionar tratando del ciclo carolingio. No sabemos a punto fijo si el compilador tuvo a la vista algunos poemas franceses o si (como parece más verosímil) los encontró ya incorporados en una crónica en prosa; aunque ninguna de las que se conocen hasta ahora en francés corresponde exactamente con la nuestra. En torno de la primera Cruzada se había formado un ciclo épico, dividido en cinco ramas: la *Canción de Antioquía*, la de *Jerusalén*, los *Cautivos*, *Helias* y la *Infancia de Godofredo de Bullón*. Algunos de estos poemas eran esencialmente históricos; otros, por el contrario, habían nacido de libre invención de los juglares o eran antiguas fábulas mitológicas transformadas en leyendas heráldicas. Tal acontece con la del *Caballero del Cisne* (supuesto antepasado de Godofredo), a quien se dedican en la *Gran Conquista* más de cien capítulos (1), que impresos aparte formarían un libro de caballerías, no de los más breves y seguramente de los más poéticos y entretenidos. En cuentos populares se encuentran esparcidos muchos de los rasgos de esta bellísima historia. La infanta Isomberta, embarcándose a la ventura en un batel que encuentra amarrado a un árbol, y dejándose ir por el mar sin velas ni remos, aporta a una ribera por donde andaba de caza el conde Eustacio. «Los canes de la caza, que andaban delante del conde, aventaron la doncella e fueron yendo hacia do ella estaba, e desde la vieron fueron contra ella, ladrando muy de recio. La infanta, con el gran miedo que hobo de los canes, metióse en una encina hueca que falló allí cerca; e los canes que la vieron cómo se metía ahí, llegaron a la encina e comenzaron a ladrar en derredor della. E el conde, cuando vió los canes latir e ladrar tan de apriesa, e tan afincadamente, creyó que algun venado tenía retraído en algun lugar, e fuese para allí do los oía, e cuando llegó, oyó las voces que la infanta daba dentro en el tronco de la encina, con el gran miedo que había de los canes que la morderían de mala gana e la comerían...» Esta situación recuerda mucho el principio del célebre romance de la *Infantila*. El encuentro del caballero y la bella infanta para en matrimonio, como era de suponer; pero el odio de una madrastra (tema común de *folk-lore*, que inspiró los romances de *Doña Arbola*) viene muy pronto a emponzoñar su ventura. Da a luz Isomberta, en ausencia de su esposo que había partido para la guerra, siete niños de un parto (2), a quienes un ángel va colocando sendos collares de oro en los cuellos conforme nacen. Pero la maligna suegra hace creer a Eustacio, con un falso mensaje, que su mujer a parido siete podencos adornados con collares de oropel o alquimia. Y no satisfecha con este embuste, manda matar secretamente a la infanta y a los siete recién nacidos. El fiel caballero Bandoval, que tenía en custodia a Isomberta, no puede resolverse a tal atrocidad y deja abandonados a los niños en un monte, donde son criados por una

(1) Desde el 47 en adelante, anunciándose la intercalación de este modo: «Agora deja la hestoria de fablar una pieza de todas las otras razones, por contar del caballero que dijeron del Cisne, cuyo fijo fué de de cuál tierra vino, de de los fechos que fizo en el imperio de Alemania, de de cómo casó con Beatriz, de de cómo lo llevó el cisne á la tierra de su padre, donde lo trajiera, de de la vida que después fizo la duquesa su mujer con su fija Ida, que fué casada con el conde de Tolosa, de que hobo un fijo á que dijeron Gudufre, que fizo muchos buenos fechos en la tierra santa de Ultramar, así como la hestoria lo contará de aquí adelante». (Pp. 26-94 de la edición de Gayangos).

(2) También este género de parto monstruoso con el número simbólico de siete es un lugar común en los cuentos populares. Véase lo que sobre ello escribió D. Ramón Menéndez Pidal en su admirable libro *La leyenda de los Infantes de Lara* (1895), y lo que yo mismo expuse al ilustrar la comedia de Lope de Vega, *Los Porceles de Murcia*.